



tudes sobrenaturales y dones intelectuales á los objetos sensibles. Despues de haber comido de aquel hermoso fruto, le presentó ella misma á su marido. En peligroso combate está allí puesto. El ejemplo y la complacencia fortifican la tentacion, abraza los dictámenes de un tentador tan bien apoyado, una engañosa curiosidad, un lisonjero pensamiento de altivez, el gusto secreto de obrar de sí mismo y segun sus propios pensamientos le atrae y le ciega, resuélvese á hacer una peligrosa prueba de su libertad, y gusta con el fruto prohibido la perniciosa dulzura de contentar su espíritu, mezclan los sentidos su atraccion á este nuevo encanto, síguelos él, sujétase á ellos, y se hace ser cautivo él que era su señor.

»Todo al mismo tiempo se muda para él. Ya no le rie la tierra como antes, ni le rendirá nada sin un porfiado trabajo; ya el cielo no tiene aquella serenidad primera; los animales, que todos, aun los más horribles y feroces, le servian de un divertimento inocente, toman para afigirle formas espantosas. Dios, que lo habia hecho todo para su felicidad, todo en un punto lo convierte en su castigo, á sí mismo se sirve de tormento, el que tanto amor le habia tenido; la rebelion de sus sentidos le hace advertir en sí un no sé qué de vergonzoso. Ya no es esta aquella primera obra del Creador llena toda de hermosura; el pecado ha hecho otra obra, que es preciso encubrirla. No puede el hombre tolerar más su afrenta, y quisiera poder ocultarla á sus propios ojos. Pero Dios se le hace aún más insufrible. Este gran Dios que le habia creado á su semejanza, y dádole los sentidos, como un socorro necesario á su espíritu, se dignaba de mostrársele debajo de una forma sensible: no puede el hombre tolerar su presencia, y busca lo más oculto de las selvas por robarse al que era antes toda su delicia. Su conciencia le acusa primero que Dios le hable; sus infelices excusas acaban de confundirle. Forzoso es que muera, el remedio de la inmortalidad se le ha quitado; y una muerte más espantosa, que es la del alma, le está figurada en esta corporal á que se le condena.

»Pero hé aquí nuestra sentencia pronunciada en la suya. Dios, que habia resuelto recompen-

sar su obediencia en toda su posteridad, luego que se le rebela, le condena y castiga, no sólo en su persona, sino tambien en todos sus hijos; como en la más viva y más amada parte de sí mismo; así todos estamos malditos en nuestro principio; así nuestro nacimiento está viciado é infecto en su origen.

»No examinemos aquí estas terribles reglas de la justicia divina, por las cuales está maldita en su origen la estirpe humana. Adoremos los juicios de Dios, que mira á todos los hombres como á un hombre solo en aquel de quien quiere que desciendan todos. Mirémonos tambien como degradados en nuestro padre rebelde; como deslustrados para siempre por la sentencia que le condena; como desterrados con él y excluidos del Paraíso, que es la patria que habia de darnos.

»Las reglas de la justicia humana nos podrán ayudar á entrar en las profundidades de la justicia divina, de que son una sombra; pero no son capaces de descubrirnos el fondo de este abismo. Creamos que así la justicia, como la Misericordia de Dios, no pueden ser medidas por las de los hombres, y que ambas tienen efectos mucho más extendidos y mucho más profundos.

»Pero en tanto que los rigores de Dios con el género humano nos espantan, admiremos cómo vuelve nuestra atencion á un objeto más agradable. Debajo de la figura de la serpiente, cuyo torcido arrastramiento era una viva imágen de las perniciosas insinuaciones y de los rodeos engañosos del espíritu maligno, hace Dios ver á Eva nuestra madre vencido su enemigo, y le muestra la semilla bendita que habia de quebrantar la cabeza á aquel pernicioso vencedor, esto es, que habia de humillar su soberbia y abatir su imperio por todo el mundo.

»Esta semilla bendita era Jesucristo, hijo de una Virgen; el cual en Adam no habia pecado, porque descenderia de Adam de un modo divino; concebido no del hombre, sino del Espíritu-Santo.

»Pero antes de darnos al Salvador, era preciso que por una larga experiencia conociese el género humano la necesidad que tenia de tal socorro. Fué, pues, el hombre dejado así



mismo; sus inclinaciones se corrompieron, sus desórdenes llegaron al exceso, y la inquietud cubrió toda la superficie de la tierra.

»Resolvió Dios entonces una venganza, de que quiso se acordasen siempre los hombres; y les envió el diluvio universal, cuya memoria, en efecto, aún dura entre todas las naciones, así como la de los delitos que le causaron.

»No piensen, pues, más los hombres que el mundo por sí mismo se rijan; y que lo que ha sido, será siempre como de sí mismo; que Dios que todo lo ha hecho y por quien todo subsiste, quiere anegar todos los animales con todos los hombres; esto es, quiere destruir la más hermosa parte de su obra.

»No necesitaba él sino de sí mismo para destruir lo que con una palabra habia hecho; pero halló por más digno de su grandeza el hacer servir sus criaturas de instrumento á su venganza, y llamó las aguas para asolar la tierra cubierta de delitos.

»Hallóse, no obstante, entre tantos pecadores un hombre justo, á quien Dios, antes de salvarle del diluvio de las aguas, habia preservado por su gracia del diluvio de la iniquidad. Fué su familia reservada para volver á poblar la tierra, expuesta á no ser más que una soledad inmensa. Por el cuidado de este hombre justo, salva Dios los animales á fin de que el hombre entienda que están hechos para él y sujetos á su imperio por su creador.

»El mundo se renueva, y sale otra vez la tierra del seno de las aguas; pero queda en esta renovacion una impresion eterna de la venganza divina. Era toda la naturaleza hasta el diluvio más fuerte y vigorosa, pero con aquella inmensa cantidad de aguas que Dios condujo sobre la tierra y por la dilatada mansion que en ella hicieron las sustancias que en sí encerraba, fueron alteradas; el aire cargado de de una humedad excesiva, fortificó los principios de la corrupcion, y hallándose debilitada la primera constitucion del universo, la vida del hombre, que se esforzaba á llegar á cerca de mil años, se disminuyó poco á poco; las yerbas y los frutos no tuvieron ya su primera fuerza, y fué preciso dar á los hombres un alimento más sustancioso en la carne de los animales.

»Así habian de desaparecer y borrarse poco á poco las reliquias de la primera institucion; y la naturaleza mudada advertia al hombre que ya Dios no le miraba tan propiciamente, despues que habia estado irritado por tantos delitos.

»Aquella larga vida de los primeros padres, notada en los anales del pueblo de Dios, no ha sido desconocida á los demás pueblos, y sus antiguas tradiciones han conservado su memoria. La muerte, que se anticipaba, hizo sentir á los hombres una venganza más pronta; y como cada dia se sumergian más y más en los vicios, era preciso que tambien fuesen, por decirlo así, más sumergidos cada dia en su castigo.

»La mudanza sola de los manjares podia advertirles cuánto se iba su naturaleza deteriorando; pues al paso que se hacian más débiles, se volvian más voraces y sangrientos. El alimento, que antes del diluvio tomaban sin violencia los hombres en los frutos, que por sí mismos caian, y en las yerbas, que con tanta presteza se secaban, era sin duda algun vestigio de la primera inocencia y de la dulzura que nuestra formacion nos infundia. Ahora para alimentarnos es preciso derramar sangre, á pesar del horror que naturalmente nos causa; y todos los primores de que nos servimos para cubrir nuestras mesas, apenas bastan á disfrazar los cadáveres que necesitamos comer para satisfacernos.

»Pero sólo es esta la menor parte de nuestras desgracias. La vida, ya acortada, se abrevia tambien por las violencias que se introducen en el género humano; el hombre, que en los primeros tiempos se abstenia de ensangrentarse en los animales, se ha acostumbrado á no ser más piadoso con la vida de sus propios semejantes. En vano fué que Dios prohibiese inmediatamente despues del diluvio verter sangre humana; en vano que por salvar algun vestigio de la primera dulzura de nuestra naturaleza, permitiendo comer la carne de los animales, exceptuase su sangre. Los homicidios se multiplicaron sin medida. Verdad es que Cain, antes del diluvio, habia sacrificado su hermano á su envidia; que Lamech, descendiente de



Cain, había hecho el segundo homicidio; y es creíble que se hiciesen otros con estos detestables ejemplares. Pero aún no estaban inventadas las guerras. Después del diluvio fué cuando salieron aquellos asoladores de provincias, á quienes han llamado conquistadores, que impelidos de la gloria sola del mando, exterminaron tantos inocentes. Nembroth, maldito renuevo de Cham, maldito por su padre, empezó á hacer la guerra sólo por establecer un imperio. Desde entonces se ha jugado la ambición sin límite alguno la vida de los hombres, y ellos han llegado al punto de matarse entre sí sin aborrecerse, teniendo por colmo de la gloria y por la más noble de todas las artes, el acabarse los unos á los otros.

«Estos son los principios del mundo, tales como la historia de Moisés nos los presenta; principios en su origen felices, llenos después de infinitos males; atendiendo á Dios, que todo lo hace, siempre admirables; tales, en fin, que con repararlos por nuestra memoria, aprendemos á considerar el Universo y el género humano, siempre debajo de la mano del Creador, sacado de la nada por su palabra, conservado por su bondad, gobernado por su sabiduría, castigado por su justicia, librado por su misericordia, y siempre sujeto á su poder.

«No es, pues, este Universo como le concibieron los filósofos, formado, según algunos, por un concurso casual de primeros cuerpos, ó que, según los más sábios, suministró él mismo su materia á su autor; y que por consiguiente no depende de él, ni en el fondo de su sér, ni en su primer estado, antes bien le sujeta á ciertas leyes, que no puede alterar.

«Moisés y nuestros antiguos padres, cuyas tradiciones recogió, nos dan diversos conceptos. El Dios que él nos ha mostrado, tiene muy diferente poder; puede hacer y deshacer como quiere; da leyes á la naturaleza, y las altera cuando es de su agrado.

«Si por hacerse conocer en el tiempo, que la mayor parte de los hombres le había olvidado, obró milagros asombrosos y forzó la naturaleza á salir de sus leyes más constantes, continuó á mostrar en esto que él era el dueño ab-

soluto y que su voluntad es la única ligadura que mantiene el órden del Universo.

«Esto es puntualmente lo que habían los hombres olvidado; la estabilidad de un órden tan hermoso, no servía más que á persuadirles que este órden había siempre sido y era de sí mismo; y eso les inducía á adorar, ó al mundo en general, ó á los astros, los elementos, y en fin, todos aquellos grandes cuerpos que le componen. Dios, pues, ha dado testimonio al género humano de una bondad, digna de sí, invirtiendo en ocasiones magníficas este órden, que no solamente no les hacia ya impresión, por que estaban á él acostumbrados, sino que aun los llevaba, tan ciegos estaban, á imaginar fuera de Dios la eternidad y la independencia.

«La historia del pueblo de Dios, autorizada por su misma continuación y por la religiosidad, así de los que la escribieron, como de los que tan cuidadosamente la conservaron, ha guardado, como en un fiel registro, la memoria de aquellos milagros, con que nos da la verdadera idea del supremo imperio de Dios, Señor Omnipotente de sus criaturas, sea para tenerlas sujetas á las leyes generales que ha establecido, sea para darles otras, cuando juzgare que es necesario despertar con algún golpe asombroso al género humano adormecido.

«Este es el Dios que Moisés nos propuso en sus escritos, como el único á quien debíamos servir. Este es el Dios que adoraron los patriarcas antes de Moisés. En una palabra, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, á quien nuestro padre Abraham quiso sacrificar su hijo único; de quien Melchisedech, figura de Jesucristo, era el pontífice; á quien nuestro padre Noé ofreció el sacrificio al salir del arca; á quien el justo Abel había reconocido, ofreciéndole lo más precioso que tenía; á quien Seth, dado á Adam en lugar de Abel, había hecho conocer á sus hijos, llamados también los hijos de Dios; á quien Adam había asimismo mostrado á sus descendientes como aquel de cuyas manos se había visto salir formado; y como el único que podía poner fin á los males de su desgraciada posteridad.»

«¡Qué bella filosofía la que nos da ideas tan puras del Autor de nuestro sér!



¡Qué bella tradición la que nos conserva la memoria de obras tan magníficas!

¡Qué grande el pueblo de Dios, que por una continuación no interrumpida desde el origen del mundo hasta nuestros días, ha conservado siempre una tradición y una filosofía tan santa!

ÉPOCA SEGUNDA

Desde el diluvio hasta las olimpiadas

Años
antes de
J.-C.
2348 á 776

Años
de
la Creación
1656 á 3228

La época segunda de la *Historia Universal* contiene la dispersión de los hombres, á consecuencia de la confusión de lenguas, en que el Señor castigó la loca tentativa de la construcción de la torre de Babel por los descendientes de Sem, Cam y Japhet, hijos de Noé, que poblaron respectivamente el Asia Oriental, Europa y el Asia Septentrional, apareciendo, como veremos en esta segunda narración, la fundación de los imperios en los valles y riberas del Nilo, del Tigris y del Eufrates.

Abarca este período de la Historia las primeras tradiciones sobre el origen, vida y civilización de la humanidad en la China, en la India, en Egipto y en Fenicia; la de los imperios asirio y persa, absorbidos primero por el macedónico y más tarde por el romano.

Ofrécense dificultades para determinar cuál fué de entre estos imperios el primero en donde cundió la luz de la cultura en las ciencias y en las artes humanas, inclinándose hoy la crítica á creer que siguió el mismo camino que el sol en su revolución aparente, y que del oscuro seno de la China y de la India se extendió á los demás países. Es quizás verosímil, dice un escritor, que los primeros hombres llegaran á Oriente cuando su dispersión, y se detuvieran primero en la China y luego en la India, mirando aquel suelo como el más favorecido de la naturaleza, por su hermosura, variedad y abundancia de producciones.

Recorreremos en el estudio de esta época los secretos del pueblo de Fo-hi; los de las generaciones asentadas entre el Indo y el Ganges, con sus Vedas, su dios Brahma, su inmovilidad, sus maldecidos párias, tipo de las razas impuras; las tradiciones de la Armenia, de la Arabia y de la Mesopotamia; las de Nemrod, nieto de Cham, tenido por el fundador de Babilonia sobre el Eufrates, y las de Sem, fundando á Ninive sobre el Tigris, con las grandezas y conquistas de Nino y de Semiramis, el reino que embelleció con sus obras á la antigua Babilonia, poblando su vasta extensión de hermosos jardines pensiles, que traen á la memoria la idea de una ciudad fantástica, destinada más tarde á lavar sus miserias entre el fuego de su destrucción y de su ruina.

La memoria de Sidon y Tiro, de las figuras de Agenor ó Hiran, con las de Ulica y Cartago, Palermo, Cádiz, Málaga, y el recuerdo de Chipre y de Malta, terminarán el contenido histórico de esta época, comentada por un elevado pensador en estos términos:

«La unidad es descompuesta por el orgullo; y luego que el pecado pone en desacuerdo las facultades internas, pierden también la armonía las externas, el lenguaje y las tradiciones. El Paropaniso y el Cáucaso determinan dos corrientes de población, una que se dirige hácia el nacimiento del sol, otra hácia el ocaso; y si á los mitos, á la mitología, á las memorias, á las lenguas, preguntamos cuál es la remota historia, todas de acuerdo nos señalarán el centro del Asia como cuna de las naciones. Donde faltan documentos, sólo puede echarse mano de las hipótesis; pero habiéndose estas mezclado en los libros con las nociones positivas y con los hechos ciertos, importa estudiarlas y conocer su objeto, sus motivos y sus caracteres. Sin embargo, mientras los filósofos nos pintan al hombre primitivo como un bruto guiado por sus instintos, y que bajo el impulso de estos inventa las primeras sociedades completamente materiales, nosotros, al contrario, por mucho que nos remontemos á tiempos antiguos, encontramos siempre las ideas predominando sobre los intereses, las verdades invisibles sosteniendo á las palpables, el Estado gobernándose por el pensamiento de Dios, la familia rigiéndose por la conmemoración de los muertos, el cuerpo tomando por guía el interés del alma. Vemos también el contraste más vivo entre la libertad individual y el órden social; an antiguos ambos como el primer pecado, y fundados en la naturaleza humana, que quiere ser libre, y que sin embargo no se satisface con